SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO III Nº 114
9 • 1 • 2000

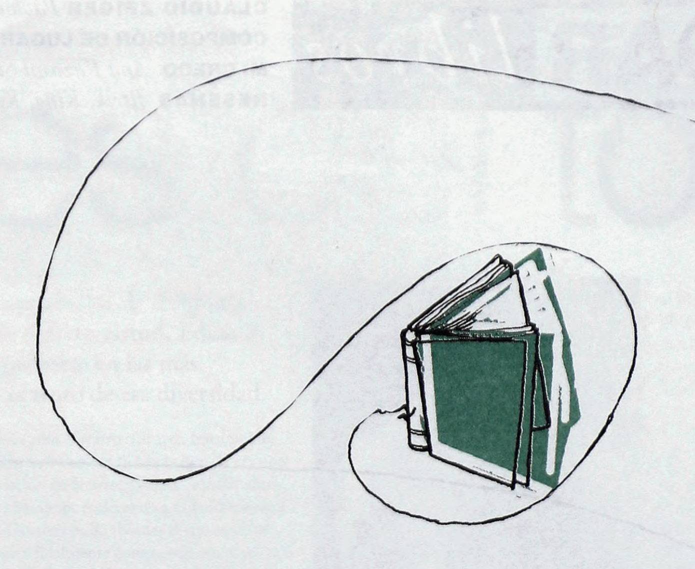
RADAR libros

CLAUDIO ZEIGER *Pavlovsky y las micropolíticas*
COMPOSICIÓN DE LUGAR *Alan Pauls se deja llevar*
MI CREDO *Ana Kazumi Stahl, chica trabajadora*
RESEÑAS *Jitrik, King, Kureishi, Olguín, Touraine, bandoleros*



¿Qué libros piensan leer –o releer– los escritores durante el verano del 2000? De esa desprolija lista de títulos se deduce una biblioteca personal transportable. Quienes no hayan preparado todavía su repertorio de lecturas veraniegas podrán apelar a esta heterodoxa selección para empezar el siglo con la mejor compañía: la imaginación verdadera.

Plan de evasión



Raúl Antelo
Benjamin Fondane decía que Güiraldes le hizo entender a Joseph Conrad. Uno y otro son la misma monotonía, la misma resignación desesperada, la misma voluntad de nada. En uno y otro surgían, a sus ojos, en medio del mundo moderno, los extraños acentos de un nuevo imperativo que él decodificaba como pulsación de lo orgánico antes que de lo vital. Pretendo entonces leer *Tifón y otras historias* (*Tifón, Falk, Amy Foster, Mañana*) en la versión de Fernando Jadraque para el sello Valdemar de Madrid. Apunta Conrad que, en esas historias, la experiencia no es vivencia sino apenas el lienzo del cuadro que aspiraba a pintar y no siempre se ve. Después, dos libros de arte. O mejor, vidas de artistas: la biografía de Duchamp escrita por Calvin Tomkins (Barcelona, Anagrama, 1999), un primor de detalles, sutilezas, ligerezas; y las memorias de Eduardo Schiaffino, *Recodos en el sendero*, ejemplarmente editadas en Buenos Aires por El Elefante Blanco. Un dandy. Baste una perla: rechazando el neologismo estadounidense, argumenta que si él, Schiaffino, el crítico de arte del 80, el fundador del museo, tuviera el honor de ser mexicano, no consentiría que lo llamasen americano porque americano al mismo tiempo que emancipado quiere decir moderno y México es un pueblo gloriosamente antiguo. Por egoísmo, leeré además *Canoas e marolas* (Río de Janeiro, Objetiva, 1999) de Joao Gilberto Noll, un contenido narrador brasileño que aquí compone un texto híbrido sobre la pereza, ambientado en una isla. Por coincidencia, la misma isla en la que vivo y en la que Noll pasó una perezosa y provechosa temporada para escribir este libro.



Marcelo Birmajer
En el verano, casi siempre releo. Hace unos días me descompuse en Miramar y terminé postrado en un hotel de Mar del Plata, releyendo *El mundo ha vivido equivocado* de Roberto Fontanarrosa. Releí con especial placer el cuento que le da título al libro y me hizo más fácil el transcurso del tiempo-descompostura, que es mucho más lento que el habitual. Al regresar a Buenos Aires, continué la relectura de *Love and Exile*, la autobiografía de Isaac Bashevis Singer, que no me animé a llevar a la playa porque es un libro inconseguible y no quería perderlo ni romperlo. Sospecho que a lo largo del verano, como casi todos los veranos, picotearé dentro de *La chica del tambor* de John Le Carré, que es una novela de espionaje de una consistencia sorprendente, como un edificio de intrigas, y es muy superior al resto de la obra de este autor. Con un poco de suerte, alguien, por algún motivo, me regalará *Hannibal*. Y, por mi parte, me compraré *El teatro de Sabbath* de Philip Roth, que leí hace dos años prestado por un amigo, y que ahora está nuevamente en venta, por menos de la mitad de su valor original.

Arturo Carrera
No me llevo nada de acá para leer en el verano, en Pringles. Voy a hurgar en los roperos, donde espero poder encontrar diarios viejos que leía mi abuelo, que más bien deletreaba. Intento saber qué leían ellos, los varones de mi familia –tíos, primos– por esos años en que yo era chico y no sabía leer todavía. Con esa impaciencia. Y será mi paciente lectura, como otros años lo fueron los figurines de Casa Landoni, que leían mi madre y mis tías, los suplementos *Para Ti*, etc.



José Pablo Feinmann
Hay dos cosas que hace ya largo tiempo desaparecieron de mi vida: el verano y las vacaciones. Me quedo en Buenos Aires todos los veranos. La ciudad queda sin gente, que es una de las principales cosas que la afea. O, digamos, la vuelve incómoda. Todo está vacío en verano. No hay que esperar. No hay colas. Los restaurantes y los cines (únicos sitios a los que concurro) están vacíos. En cuanto a las vacaciones, lo siguiente: yo vivo de vacaciones. Digámoslo así: un tipo que hace en la vida lo que legusta hacer y vive de eso, vive de vacaciones. A mí, en la vida, me gusta escribir. También tener amigos, amar a mi mujer y a mis hijas. De acuerdo. Pero escribir me pianta. De modo que escribo. Vivo de lo que escribo y escribir, es cierto, es un laburo, pero es el que yo elegí. Es decir, es el mío. Este verano me voy a encerrar, me voy a dejar la barba y voy a bañarme una que otra vez. Voy a estar mortalmente pálido. Pero voy a terminar la novela que estoy escribiendo. Tengo 120 páginas y calculo que tendrá doscientas. O sea, entre enero, febrero y mitad de marzo tengo que escribir, cuanto menos, ochenta o cien páginas. Aclaremos: buenas páginas. Escribir más allá de la facilidad. Jugándose entero en cada línea. Eso. ¿Para qué, entonces, voy a leer? Ante todo, no voy a tener tiempo. Y además... no voy a tener tiempo. Tal vez consulte alguna novela que tenga cierta relación con lo que estoy escribiendo. Algo de Faulkner. *Luz de agosto*, digamos, que me gusta mucho. Tal vez algo de Tizón. *La mujer de Strasser*, creo. Tal vez algo de Puig. Tal vez no. Tal vez "Cartas" o "Fotos" de Walsh. Porque –sé que no lo dije– mi novela transcurre en un pueblo. Es una novela sobre el mandato paterno y la imposibilidad de cumplirlo. Bien, yo tengo mi mandato. Que no es el paterno sino el mío: terminar la novela. Y para terminarla no tengo que leer, tengo que escribir.

Rodrigo Fresán
Siempre pensé que cuando uno está enterrado hasta el cuello escribiendo ficción –y así estoy ahora–, lo mejor es perderse para encontrarse en libros de no-ficción. Leer y releer vidas y memorias de otros como antídoto y distracción de las vidas y memorias de los personajes que uno inventa y que, a veces, se nos vuelven demasiado reales. El género vidas, obras y recuerdos no es muy fértil en español a no ser que se ocupe de personas demasiado conocidas. En inglés, en cambio, abundan las biografías públicas de personajes casi secretos. Estas son las que elegí para los días que vienen: *The Phantom Father*, recuerdos sobre un padre gangsteril y esquivo a cargo del novelista Barry Gifford, habitual colaborador de David Lynch. *The Undertaking*, reflexiones fúnebres de Thomas Lynch, poeta y dueño de la funeraria de su pueblo. Los artículos de Joseph Mitchell -legendario y lento periodista que tardaba años en entregar sus notas al *New Yorker* y sobre bohemios del viejo Greenwich Village– recogidos en *Up in the Old Hotel*. *Glenn Gould: The Ectasy and Tragedy of Genius*, por Peter F. Oswald, cuenta exactamente lo que anuncia su título. Leerlos y luchar para que –como suele ocurrir– no se me conviertan en personajes ficticios.

Carlos Gamerro
Siempre me ha preocupado el problema de qué libros llevar de vacaciones –la variante, en los tiempos del turismo de masas, del problema de qué libro llevarse a una isla desierta–. Por deformación profesional, el verano no es para mí el momento de las lecturas light, sino el de *aquellos libros* cuyas moles imponentes arrojan sobre nosotros su sombra terrible durante el año laboral. Esta malsana costumbre sólo podía empezar con un fracaso: el de mi intento, a los diecinueve años, de leer el *Ulises* de Joyce en las islas Galápagos. Afinando la puntería, al año siguiente, en viaje por los Andes, logré concluir el *Quijote*, uno de cuyos capítulos terminé en una comisaría boliviana. El verano siguiente trajo nuevas frustraciones: en el Amazonas peruano me robaron la mochila cuando iba por la mitad de *Moby Dick*: me llevaría más de diez años superar el trauma y terminarla. Más cerca del presente, el comienzo de este año que termina lo pasé en Bariloche leyendo el monumental rompecabezas de Perec, *La vida instrucciones de uso*; si no la hubiera leído sin duda sería el libro que me acompañaría en las vacaciones del 2000, para las cuales la candidata natural es sin duda *Mason & Dixon*, el último mamotreto de Thomas Pynchon, acompañada por la excelente continuación de la saga de Hannibal Lecter. Pero a esta última la devoré a la semana de comprada. Y además este verano lo voy a pasar en Buenos Aires, trabajando.

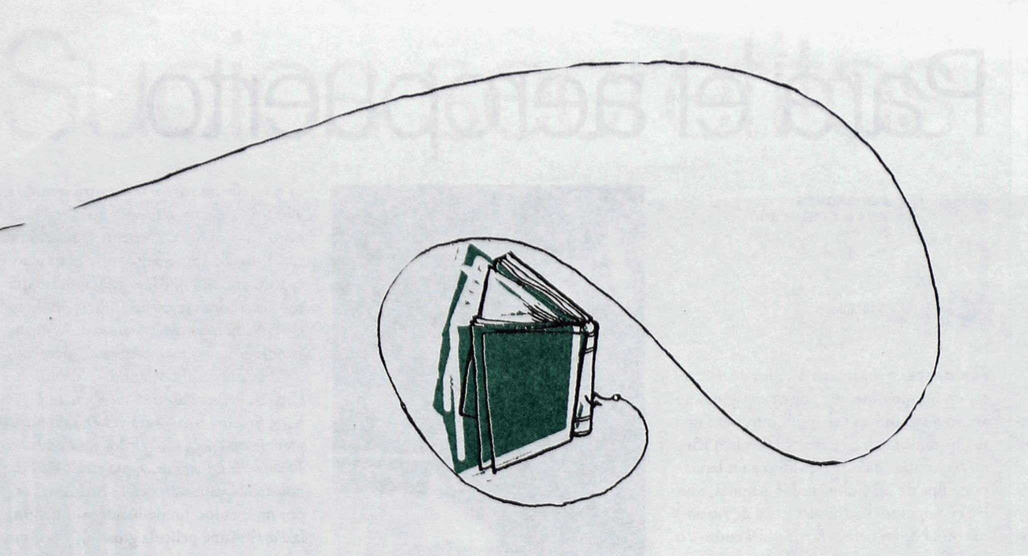


Juan Forn
Me gusta leer a pelo y contrapelo, para decirlo de alguna manera: pasar de un texto de ficción a un ensayo, de un libro de cuentos a una novela, de una prosa tersa a una espasmódica. Haya vacaciones o no, ésa es mi modalidad de lectura. Para las próximas semanas se acumulan esperando turno los *Cuentos casi completos* de Cabrera Infante, el *Pensadores rusos* de Isaiah Berlin, una nueva biografía de Pessoa que publicó Alianza (*Extraño extranjero*), los cuentos "africanos" de Arlt (quiero ver si la afirmación de Piglia en *Formas breves* no es una boutade), una selección de poemas de Phillip Larkin que me costó lo suyo conseguir, la reedición corregida de una novela de Bolaño que estaba totalmente fuera de circulación hace años (ahora se llama *Monsieur Pain*, antes *La senda de los elefantes*). Y, como asignatura largamente pendiente, una edición en tres tomos de *Guerra y paz* de Tolstoi (cuando terminé de leerla, hace quince años, descubrí que el volumen en mis manos era la traducción del *abridged* que había hecho Edmund Füller y que, entre otras minucias (como estar traducida del inglés y no del ruso), le "ahorraba" al lector el envejecimiento y la decrepitud de Natascha).



Luis Gusmán
Pienso releer *Bajo el volcán* de Lowry, *El gran Gatsby* de Fitzgerald, *La muerte de Ivan Ilich* de Tolstoi y *La fugitiva* y *El tiempo recobrado* de Marcel Proust. En todos esos libros, trato de encontrar las diferentes figuras y la retórica de las que la literatura dispone para dar cuenta de las formas de morir.

Ana Kazumi Stahl
Prefiero elegir un solo libro para el verano, cuanto más voluminoso mejor. Durante el año me molesta llevar siempre muchos libros encima. Pero en el verano aprecio un volumen con cientos de páginas que ofrezca un peso reconfortante a las manos ociosas. Este año me guardaba un libro en particular para las vacaciones. Leeré *Underworld* de Don DeLillo, ahora con tiempo para disfrutarlo a pleno. Se trata de mi escritor predilecto, por su trabajo siempre ágil e innovador sobre la lengua que es también mi lengua materna, y por ciertas obsesiones que comparto y que, de cierto modo, vinculo con el verano en sí: 1) el béisbol, sus rituales y su mística, la ma-



ravillosa mezcla de cálculo y el azar; 2) un despertar hacia los desechos que acumulamos y cómo convivir con ellos, y 3) una leve nostalgia, veraniega, que hace revisitar sitios (¿y relaciones?) sin abordar desde hace mucho.

Daniel Link

¿Qué se hizo de aquellos tiempos en los cuales podía tumbarme bajo un árbol o en una reposera a leer infatigable e irresponsablemente los libros de Vargas Llosa, García Márquez, Neruda, Silvina Bullrich, ¡Abelardo Arias!, Agatha Christie, Henry Miller, Vallejo, Sabato, Cortázar o Flaubert, además del fatigado corpus de la ciencia ficción y el policial en todas sus variantes, que marcaron a fuego mis primeros pasos como lector? Desde hace un tiempo, los veranos me sirven sólo para liquidar la pila de "lecturas atrasadas" (Michel Houellebecq, Jean Badiou, Julian Barnes) o para releer los libros sobre los que deberé hablar en los cursos de literatura que dicto (*En busca del tiempo perdido*, *El nombre de la rosa*, *La tierra baldía*, *Esperando a Godot*): ninguna pasión, ningún desorden, ningún insomnio gobierna esa horrísona y culpable lista desencadenada por el patético terror de *no estar al día* (como quien lee el diario, o como quien prepara un examen). Para mitigar ese sentimiento de burocratización decidí comenzar a publicar en el 2000 mis *Obras completas. Edición de bolsillo*, de modo que también releeré (y ahí sí habrá pasión, irresponsabilidad, desorden, insomnio; o eso espero) mis propios escritos. Los primeros volúmenes se llaman *Poemas malos*, *Chicas que cantan*, *Diario de una señorita*, *Clases*, *Historias de amor verdadero*, *Conversaciones* y, por supuesto, *La chancha con cadenas*.



María Moreno

Voy a leer periodistas, que es mejor que leer periódicos: a De Zoisa Reilly, a Last Reason, a Alejandro Sux. Y, si el verano es sinónimo de vacaciones y de un relevo de las presiones del trabajo urbano por las presiones del ocio en medio de la naturaleza, voy a leer en insectos y fósiles que, como decía Roger Caillois, son "alfabetos vacantes". Pero un ratito nomás, porque lo más probable es que me *ciceronee* por las calles del centro leyendo los *textos no escritos* de la moda de los paseantes y de los carteles de publicidad y de los menúes que, cada vez más, tienen ambiciones de ser textos vanguardistas. Y por ahí me pego una escapada a Gualeguay para huronear en la biblioteca que, según mi amiga Emma Barrandeguy, fue organizada por Juanele Ortiz y Carlos Mastronardi. ¿Voy a leer algo de teoría? Algo, puede ser. Pero lo más probable es que mire televisión.

Alan Pauls

Como el verano es la estación de los planes fallidos, conviene hacer programas de lectura muy modestos o muy ambiciosos, de modo que el fracaso pase inadvertido (en el primer caso) o se vuelva decididamente épico (en el segundo). Para la temporada 1999-2000, yo decidí optar por la humildad. Ni siquiera pretendo leer libros: quiero ver si puedo *empezar* a leer, *seguir* leyendo y *terminar* de leer algunos. El libro "de empezar" es *El libro de los monstruos* de J. R. Wilcock. Desde que salió (noviembre de este año) vengo metiéndolo en la mochila para leerlo en taxis o subtes (dos buenos lugares "para empezar"), pero por alguna razón –esa perfección que los Wilcock tienen cuando esperan ser leídos– siempre lo olvido. El libro "de seguir" es una edición de los *American Notebooks* (1835-1853) de Nathaniel Hawthorne, gran fuente de saqueo para cualquier escritor, cuyas 655 páginas están tan sembradas de discontinuidades que la idea misma de lectura "seguida" se va a pique. Y el "de terminar" es *Sólo para adultos*, una instructiva historia del cine porno que, fiel a las convenciones del género, su autor decidió firmar con el seudónimo "Casto Escópico", y que dedica un capítulo al fenómeno Jonathan Morgan (*El hombre bifálico*, Jim Enright, 1992), cuyos dos penes le permitían brillar en las escenas de dobles penetraciones simultáneas.



Laura Ramos

Llevo, rumbo a mi escondrijo rural de Colonia, *A la sombra de las muchachas en flor* de Proust, un dulce de leche Conaprole espeso y oscuro, ya empezado, cuyo néctar me prometo, avariciosamente, prolongar hasta el final del estío. Con el objeto de extraer material para mi novela llevo, por añadidura, tres volúmenes de *La Comedia Humana* (Balzac) leídos durante mi adolescencia tantas veces que la sola idea de su relectura me hace el efecto de leer mi propia biografía. Debo seguir los rastros del demoníaco Vautrin, conocido en las distintas novelas como Burla-La-Muerte o Abate Herrera, quien se cruza en el destino de los bellos Lucian de Rubempré y Eugéne de Rastignac. Un orden posible para extender la saga (el que yo seguiré) es leer *Papá Goriot*, *Las ilusiones perdidas* y las novelas comprendidas entre *Esplendores y miserias de las cortesanas* y *La última encarnación de Vautrin*. Por todo lo cual, pueden imaginarlo, mi verano estará pleno de acontecimientos intensos y de dicha.



Guillermo Saccomanno

Hay libros a los que vuelvo porque siempre tienen gusto a primera vez: *Moby Dick*, *Guerra y paz*, *La isla del tesoro*, *Lord Jim*. Todos los veranos me planteo tenerlos cerca. Además, ahí está la pila de libros sobre la Patagonia que vengo juntando hace rato, textos en los que se alternan la crónica con la ficción. Mis planes se alteran cuando entro en una librería donde hay ofertas (Alfonsina, acá en Gesell, es literalmente impredecible) y siempre aparece un libro que me distrae del propósito previo. Además, en estos meses, Dal Masetto, Forn y Feinmann me van a pasar los libros que están escribiendo, y éste es un fenomenal motivo para que lo anterior no resulte una exigencia.



Matilde Sánchez

Lo primero que quiero leer es *El libro de los monstruos* de J. R. Wilcock, cuya obra, recuperada del italiano desde 1998, después de tantos años, me parece un acontecimiento mayor. Además, estas ediciones a cuentagotas de obras inéditas en Argentina, donde mayormente se conocían *El caos* y *La sinagoga de los iconoclastas*, le da un efecto raro de lectura, como de escritor vivo, además con una producción notable. También me propongo terminar un libro que conocí por lecturas profesionales recién ahora y me deslumbró; *La operación Masotta* de Carlos Correas. Además de su perspicacia crítica, tiene un veneno generacional implacable, en una prosa ensayística con marcas orales vibrantes. Correas tiene una gran distancia de sí mismo, como si pudiera verse después de la muerte. Cada año me digo que voy a leer la biografía de Oscar Wilde que escribió Richard Ellman. Espero cumplir esta vez: hace poco leí dos ensayos sobre la tradición del dandismo, que de manera azarosa se me cruzaron con *Velvet Goldmine*, esa película sobre la historia del glam-rock –y el cruce va más allá de la identificación de ambos con la tradición gay. En teoría (porque es intimidatorio) quiero leer *Underworld* de Don DeLillo; es prácticamente el único escritor norteamericano a quien sigo. Me volví adicta con *Mao II*. Pero, como siempre, es probable que olvide esta lista de intenciones cuando un libro, caído de un estante y preferentemente viejo, me envíe a otro sistema.

Juan Sasturain

Si los mosquitos y la fiaca me dejan, pienso llevarme al Tigre, para leer con los pies en el agua amarronada, la *Divina Comedia* en la versión bilingüe de Battistessa porque ya es hora; un par de los primeros Faulkners pendientes –*Sartoris*, *Luz de agosto*–, porque son ideales con ese calor; relatos de George Steiner y cuanto tengo de Ezra Pound y de T. S. Eliot, con un lápiz en la mano y diccionario y bibliografía cerca para masticarlos despacio. No sé cuánto leeré (entero) de estas densidades, pero ésa es la idea que tengo hoy, tal vez no casualmente en el Día de los Inocentes. De cualquier modo, espero que el televisor funcione bien para no perderme los partidos del Sub-23 en Brasil: las *Pisadas Completas* de Riquelme no pueden faltar.

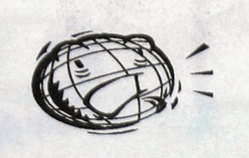
Cecilia Szperling

Un grupo de libros nuevos sobre mi escritorio son una promesa de autosatisfacción garantida. Soy devota de *Vértigo*, la película de Hichtcock, porque resulta siempre fascinante confirmar que no dominamos nuestra propia estrategia emocional y que estamos listos para caer en todas sus trampas. Como enamorarse del fantasma de alguien muerto, que ni siquiera conocemos. Por otro lado, *sufrí* de vertigo, una enfermedad que encierra un enigma. Se trata de una enfermedad más allá de la locura. La aceleración y pérdida del equilibrio nos deja afuera de todo, como minutos antes de la muerte o como un satélite que abandona el mundo. Leeré *Vértigo*, un libro sobre cómo se hizo la película y *From among the dead*, la novela original en que se basó el guión. Para internarme en el mundo del cine: *Conversations with Wilder*, entrevistas al genial director. En cuanto a la conexión argentina, me reservo los *Testimonios* de Victoria Ocampo. Y como Borges promete que el prólogo no es una forma subalterna del brindis, si no una especie lateral de la crítica, me zambulliré en su *Prólogo de prólogos* y en *Borges en Sur*, libros de lenguaje desintoxicado, de uso medicinal.

Claudio Zeiger

Cuando se acerca el verano suelo hacer una selección de libros para llevar a la playa, a la pileta o al barcito para desayunar/almorzar. Son libros que se supone van a constituir una *zona liberada* del trabajo y de la militancia crítica, una verdadera literatura de evasión, más allá de la densidad de los textos. Hace ya tiempo separé los dos volúmenes seleccionados y prologados por Christian Kupchik sobre viajes y viajeros, *La ruta argentina* y *El camino de las damas*. Creo que son ideales para una lectura distendida y de poderosa capacidad de evocación de paisajes. Después de haber leído con gran interés *Mao II* de Don DeLillo, fracasé al intentar abordar otros libros suyos. Este verano vuelvo a insistir con *Ruido de fondo*. Desatada mi adicción a los libros de Roberto Bolaño (*La literatura nazi en América*, *Estrella distante*) voy por más: este verano me toca *Llamadas telefónicas*.







El décimo y último tomo de las ***Obras Completas*** de William Butler Yeats será lanzado al mercado por la editorial Scribner. En esta edición se incluyen artículos, críticas y prosas dispersas, así como también intervenciones en programas radiofónicos del poeta irlandés.

Si hiciera falta, todavía, destacar el papel rector que cumple **Radarlibros** en la cultura argentina, baste la siguiente anécdota como confirmación. En la edición del domingo pasado, Sergio Kiernan recomendaba ciertos libros de Andrew Graham-Yool publicados en inglés. El *mismo domingo* Graham-Yool estaba recibiendo urgentes llamados de varios grupos editoriales interesados en traducir y publicar esos libros. Las intensas negociaciones se desarrollarán esta semana, razón por la cual todavía no revelaremos quién editará próximamente nuevas versiones de los libros de Graham-Yool.

Tras la apertura de los archivos soviéticos, el director de un importante archivo moscovita, Oleg Naumov, junto con la colaboración del historiador norteamericano J. Arch Getty proponen una nueva mirada sobre las purgas desencadenadas por Stalin en *El camino al terror: Stalin y la autodestrucción de los Bolcheviques, 1932-1939* (*The road to terror: Stalin and the self-destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*). El libro fue recientemente publicado por la Universidad de Yale e intenta convertirse en un título de referencia como los de Robert Conquest y de Annie Kriegel, dedicados a los "procesos de Moscú".

La Unesco y la OEI convocan a jóvenes entre 13 y 18 años del Mercosur, Chile y Bolivia a participar del concurso "Voces e imágenes de los jóvenes del Mercosur". La fecha límite de recepción de fotografías con epígrafes es el 31 de mayo de 2000 y la preselección será el 30 de junio. Para obtener información en la Web dirigirse a **www.oei.es/anuncios.htm**.

La editorial del Instituto Smithsoniano acaba de lanzar *Tupperware, the promise of plastic in 1950's America* (*Tupperware, la promesa del plástico en la América de los años '50*). La autora, Alison J. Clarke, lanza una mirada crítica sobre las "reuniones tupperware" y reconstruye la historia del invento de plástico y del modo en que su forma de comercialización reforzó durante años el ideal conservador de vida familiar.

El escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, autor de la recientemente publicada *Guía triste de París*, será el presidente del jurado del III Premio Alfaguara de Novela 2000. El fallo del galardón –cuyo último premio fue para Manuel Vincent y su novela *Son de Mar*– tendrá lugar el 29 de febrero en la Casa América de Madrid.

Acaba de estrenarse en el Metropolitan una curiosa adaptación operística de *El gran Gatsby*, la irreprochable novela de Fitzgerald. Con música y *libretto* de John Harbison, incluye letras de canciones populares de Murray Horwitz. Más tarde o más temprano, llegará al Colón.

Los editores de Lampedusa han decidido preparar una nueva versión de *El Gatopardo*, en la que incluirán un capítulo descubierto el año pasado, "El cancionero de Casa Salinas" del noble siciliano, fallecido en Roma en 1957. Muchas voces se alzaron en contra de esta "rectificación" del texto originalmente publicado por Feltrinelli en 1960, porque consideran que el capítulo adicional desvirtúa el original, sobre todo teniendo en cuenta que Lampedusa decidió no incluir ese capítulo en su libro.

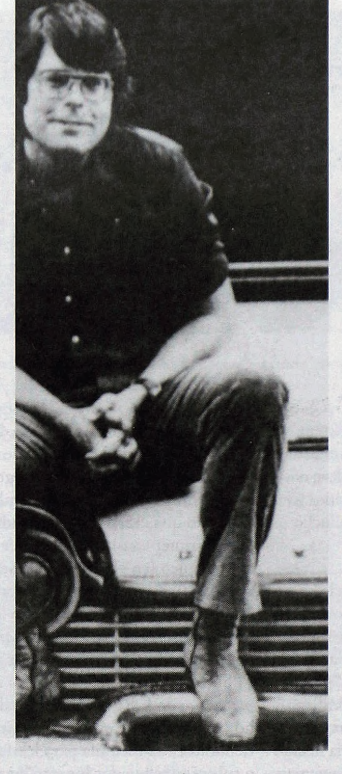
Para el aeropuerto



CORAZONES EN LA ATLÁNTIDA
Stephen King
trad. Carlos Milla Soler
Plaza & Janés
Barcelona, 1999
544 págs. $ 18

POR MARCELO BIRMAJER La idea de descartar un libro porque sus primeras páginas nos aburren siempre es tranquilizante, pero no siempre acertada. El lector de Stephen King no trepidaría en dejar este libro a un lado, por culpa de sus primeras 250 páginas, que hacen temer un bodrio del estilo de *Insomnia* –una de las peores novelas del autor–, o un largo texto apagado, sin brillo, como *Saco de huesos*. Y sin embargo, sin que se trate de un libro especialmente bueno, lo cierto es que vale la pena atravesar esas primeras 250 páginas, la primera *nouvelle* de las cuatro que componen este libro de 534. Las tres *nouvelles* restantes ofrecen el espectáculo de un King chapoteando entre las junglas vietnamitas de los sesenta y los campus universitarios de la misma época, y el resultado es por lo menos atendible. Una vez terminados esos tres relatos, el primero, sin que mejore su calidad en nuestra memoria, encuentra su sentido: el de oficiar como pasado de los personajes de los otros tres relatos. Las cuatro *nouvelles* están enlazadas cronológicamente en orden sucesivo.

Una curiosidad de este último libro de King es que parece una respuesta –casi podría decirse teórica, política– a la última gran novela de Philip Roth, *Pastoral Americana*. En la novela de Roth, la protagonista lateral es una joven que, comenzando por oponerse a la guerra de Vietnam, acaba convertida en terrorista y asesinando a un empleado de correos. En su libro, King compone un personaje idéntico en sus circunstancias y muy similar en su composición subjetiva pero, a diferencia de la ascéptica y cruel vivisección que Roth practica sobre su alienada criatura, King derrocha toneladas del bálsamo de la compasión. Ambos escritores, no obstante, se meten sin vergüenza en el terreno de las disquisiciones políticas acerca del paso de su país por Vietnam, y comparten el fárrago y la falta de claridad.



El primer relato de este libro se llama "Hampones con chaquetas amarillas" y da la impresión de que King no sólo está cumpliendo un contrato en el que le exigen una determinada cantidad de páginas sino también la recurrencia a una temática. La aparición del terror –o su remedio– en esta primera nouvelle no parece tener otro sentido que adscribir al autor al género que le valió el éxito. "Hampones..." cuenta la relación de un chico con una madre entre malvada y puta y un anciano que le regala un libro que funciona como referencia a lo largo de todo el texto: *El señor de las moscas* de William Golding. En las *nouvelles* subsiguientes –"Corazones en la Atlántida", "Willie el Ciego", "¿Qué hacemos en Vietnam?"–, King insistirá una y otra vez en que nuestro planeta está poblado por los niños salvajes de *El señor de las moscas*, y que esos niños somos nosotros. "Corazones en la Atlántida" es, por momentos, un deslucida estudiantina a la *Porky's* (una película grosera), y por momentos recupera la línea de una historia común con el resto de los relatos y sugiere algunas situaciones efectivamente terroríficas: si en su cuento "Basta S.A" King proponía un sistema para dejar de fumar que consistía en aplicarles descargas eléctricas a los parientes de los fumadores, aquí sutilmente nos dejará ver una época norteamericana en que, si no se aprobaban los exámenes universitarios, el castigo era morir con las tripas afuera en Vietnam. El cuento "Willie, el ciego", que viene después, continúa la trama general, pero es un despropósito en sí mismo. Parece interrumpido y no queda claro qué quiso hacer el autor. "¿Qué hacemos en Vietnam?" levanta un poco el puntaje y a la escena de los objetos domésticos volando sobre la autopista no le falta intensidad, pero tampoco brilla especialmente sobre la opaca superficie general. El final, "Se ciernen ya las sombras de la noche", podría haber resultado emotivo, agradablemente hollywoodense, de no ser por el cansador propósito de King –¿o de sus editores?– de demostrarnos que sigue siendo un narrador de eventos mágicos, de prodigios irreales. Sin entender que, a veces, para expresar mejor un instante inusual simplemente debe dejarse, como pedía el estribillo de una canción tan popular en la época que describe este libro, que sople el viento.♣

Cuestión de piel



LAS GRIEGAS
Sergio S. Olguín
Vian Ediciones
Buenos Aires, 1999
126 págs. $ 10

POR DIEGO BENTIVEGNA *Las griegas* es un derrotero por un conjunto variado de actitudes que tendrían que ver con el enigmático mundo de lo femenino. En estos últimos años, feminismo, deconstrucción y teoría del género de por medio, nos hemos acostumbrado a hablar de ese universo en términos de mirada oblicua, de punto de vista descentrado, de línea de fuga. El libro de Olguín (1967) opta por un camino harto diferente: sus mujeres son, antes que nada, entes monoplánicos, sin demasiados conflictos con el lugar en el mundo (la belleza, la histeria) que se les ha asignado.

En principio, las mujeres de Olguín aparecen, siempre, mediatizadas por miradas y por voces masculinas, en un nivel de lengua con una fuerte tendencia hacia los registros léxicos y sintácticos más vulgares del rioplatense ("pija", "afanar", "coger", "cerca suyo", "detrás nuestro"), que en ciertos momentos se torna exasperante. El punto de vista que el conjunto de relatos privilegia claramente es la del fotógrafo de modas (en los relatos de apertura y cierre de esta compilación). En ambos casos, esa voz es escéptica, quejosa, sobradora y, hay que decirlo, bastante guaranga. En ambos casos, también, el relato de la sesión de fotos (en un cómodo estudio europeo la primera, en un barrio de la provincia de Buenos Aires la segunda) admite ser leída como metáfora del trabajo literario, un trabajo sobre materiales que, como los cuerpos de las modelos, se muestran como pátinas de significación hipercodificada (la moda). Ambos cuentos, "Quiero que me hables de Claudia Schiffer" y "El rapto de Helena", cargan con el duro peso de decirlo todo, absolutamente todo (que la modelo fotografiada es un objeto del deseo, que sus pechos son atractivos, que es una idiota irrecuperable que sirve sólo para ser fotografiada, besada, abusada), de agotar la tópica superflua y prejuiciosa acerca del mundo de la moda –del que sintomáticamente han sido expulsados los y las homosexuales: un mundo en el que la ambigüedad parece haberse agotado definitivamente.

Otra serie de relatos presenta la obsesión de la Argentina contemporánea: la dictadura, la represión, el asesinato de Estado. En "Hecha una furia" (para no hablar de "Clarisa o la historia de una señorita", en el que entran en conflicto las series de la política y de la femineidad) nos movemos, otra vez, en el frívolo mundo del modelaje: una chica ligeramente histérica, como debe ser, no puede contenerse ante un joven, alto y musculoso rugbier que ha entrevisto en la VIP de Pachá y con el que compartirá una sesión fotográfica en la que ella debe apoyar sus pechos sobre el torso de él. Bien, hasta aquí todo en orden. Sin embargo, tragedias de la vida, el joven se revelará como el hijo de Videla, y ella (cuyo padre es desaparecido y que ha sufrido el exilio con su madre) comienza a odiarlo inmediatamente y orina, vengativa, sobre su ropa.

Lo mejor del libro de Olguín está en las tensiones que, en los mejores momentos, logra construir alrededor de ciertas constantes de la cultura argentina (el cuerpo, el viaje, la llanura, el suicidio), reinterpretándolas desde un extraño lugar que articula la mitología griega (en principio, los relatos parecen pergeñados como reformulaciones en clave erótica de ciertos mitos griegos, lo que sobrevive, más que nada, en la prodigalidad mitológica de los títulos), los videojuegos y Bukowski, sobre todo Bukowski. Los 90 tenían esas cosas.♣

NOTICIAS DEL MUNDO





El décimo y último tomo de las ***Obras Completas*** de William Butler Yeats será lanzado al mercado por la editorial Scribner. En esta edición se incluyen artículos, críticas y prosas dispersas, así como también intervenciones en programas radiofónicos del poeta irlandés.

Si hiciera falta, todavía, destacar el papel rector que cumple **Radarlibros** en la cultura argentina, baste la siguiente anécdota como confirmación. En la edición del domingo pasado, Sergio Kiernan recomendaba ciertos libros de Andrew Graham-Yool publicados en inglés. El *mismo domingo* Graham-Yool estaba recibiendo urgentes llamados de varios grupos editoriales interesados en traducir y publicar esos libros. Las intensas negociaciones se desarrollarán esta semana, razón por la cual todavía no revelaremos quién editará próximamente nuevas versiones de los libros de Graham-Yool.

Tras la apertura de los archivos soviéticos, el director de un importante archivo moscovita, Oleg Naumov, junto con la colaboración del historiador norteamericano J. Arch Getty proponen una nueva mirada sobre las purgas desencadenadas por Stalin en *El camino al terror: Stalin y la autodestrucción de los Bolcheviques, 1932-1939* (*The road to terror: Stalin and the self-destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*). El libro fue recientemente publicado por la Universidad de Yale e intenta convertirse en un título de referencia como los de Robert Conquest y de Annie Kriegel, dedicados a los "procesos de Moscú".

La Unesco y la OEI convocan a jóvenes entre 13 y 18 años del Mercosur, Chile y Bolivia a participar del concurso "Voces e imágenes de los jóvenes del Mercosur". La fecha límite de recepción de fotografías con epígrafes es el 31 de mayo de 2000 y la preselección será el 30 de junio. Para obtener información en la Web dirigirse a **www.oei.es/anuncios.htm**.

La editorial del Instituto Smithsoniano acaba de lanzar *Tupperware, the promise of plastic in 1950's America* (*Tupperware, la promesa del plástico en la América de los años '50*). La autora, Alison J. Clarke, lanza una mirada crítica sobre las "reuniones tupperware" y reconstruye la historia del invento de plástico y del modo en que su forma de comercialización reforzó durante años el ideal conservador de vida familiar.

El escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, autor de la recientemente publicada *Guía triste de París*, será el presidente del jurado del III Premio Alfaguara de Novela 2000. El fallo del galardón –cuyo último premio fue para Manuel Vincent y su novela *Son de Mar*– tendrá lugar el 29 de febrero en la Casa América de Madrid.

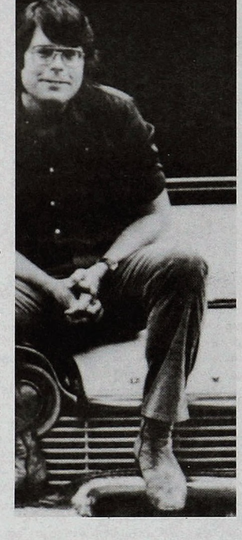
Acaba de estrenarse en el Metropolitan una curiosa adaptación operística de *El gran Gatsby*, la irreprochable novela de Fitzgerald. Con música y *libretto* de John Harbison, incluye letras de canciones populares de Murray Horwitz. Más tarde o más temprano, llegará al Colón.

Los editores de Lampedusa han decidido preparar una nueva versión de *El Gatopardo*, en la que incluirán un capítulo descubierto el año pasado, "El cancionero de Casa Salinas" del noble siciliano, fallecido en Roma en 1957. Muchas voces se alzaron en contra de esta "rectificación" del texto originalmente publicado por Feltrinelli en 1960, porque consideran que el capítulo adicional desvirtúa el original, sobre todo teniendo en cuenta que Lampedusa decidió no incluir ese capítulo en su libro.

Para el aeropuerto



CORAZONES EN LA ATLÁNTIDA
Stephen King
trad. Carlos Milla Soler
Plaza & Janés
Barcelona, 1999
544 págs. $ 18



POR MARCELO BIRMAJER La idea de descartar un libro porque sus primeras páginas nos aburren siempre es tranquilizante, pero no siempre acertada. El lector de Stephen King no trepidaría en dejar este libro a un lado, por culpa de sus primeras 250 páginas, que hacen temer un bodrio del estilo de *Insomnia* –una de las peores novelas del autor–, o un largo texto apagado, sin brillo, como *Saco de huesos*. Y sin embargo, sin que se trate de un libro especialmente bueno, lo cierto es que vale la pena atravesar esas primeras 250 páginas, la primera *nouvelle* de las cuatro que componen este libro de 534. Las tres *nouvelles* restantes ofrecen el espectáculo de un King chapoteando entre las junglas vietnamitas de los sesenta y los campus universitarios de la misma época, y el resultado es por lo menos atendible. Una vez terminados esos tres relatos, el primero, sin que mejore su calidad en nuestra memoria, encuentra su sentido: el de oficiar como pasado de los personajes de los otros tres relatos. Las cuatro *nouvelles* están enlazadas cronológicamente en orden sucesivo.

Una curiosidad de este último libro de King es que parece una respuesta –casi podría decirse teórica, política– a la última gran novela de Philip Roth, *Pastoral Americana*. En la novela de Roth, la protagonista lateral es una joven que, comenzando por oponerse a la guerra de Vietnam, acaba convertida en terrorista y asesinando a un empleado de correos. En su libro, King compone un personaje idéntico en sus circunstancias y muy similar en su composición subjetiva pero, a diferencia de la ascéptica y cruel vivisección que Roth practica sobre su alienada criatura, King derrocha toneladas del bálsamo de la compasión. Ambos escritores, no obstante, se meten sin vergüenza en el terreno de las disquisiciones políticas acerca del paso de su país por Vietnam, y comparten el fárrago y la falta de claridad.

El primer relato de este libro se llama "Hampones con chaquetas amarillas" y da la impresión de que King no sólo está cumpliendo un contrato en el que le exigen una determinada cantidad de páginas sino también la recurrencia a una temática. La aparición del terror –o su remedo– en esta primera nouvelle no parece tener otro sentido que adscribir al autor al género que le valió el éxito. "Hampones..." cuenta la relación de un chico con una madre entre malvada y puta y un anciano que le regala un libro que funciona como referencia a lo largo de todo el texto: *El señor de las moscas* de William Golding. En las *nouvelles* subsiguientes –"Corazones en la Atlántida", "Willie el Ciego", "¿Qué hacemos en Vietnam?"–, King insistirá una y otra vez en que nuestro planeta está poblado por los niños salvajes de *El señor de las moscas*, y que esos niños somos nosotros. "Corazones en la Atlántida" es, por momentos, un deslucida estudiantina a la *Porky's* (una película grosera), y por momentos recupera la línea de una historia común con el resto de los relatos y sugiere algunas situaciones efectivamente terroríficas: si en su cuento "Basta S.A" King proponía un sistema para dejar de fumar que consistía en aplicarles descargas eléctricas a los parientes de los fumadores, aquí sutilmente nos dejará ver una época norteamericana en que, si no se aprobaban los exámenes universitarios, el castigo era morir con las tripas afuera en Vietnam. El cuento "Willie, el ciego", que viene después, continúa la trama general, pero es un despropósito en sí mismo. Parece interrumpido y no queda claro qué quiso hacer el autor. "¿Qué hacemos en Vietnam?" levanta un poco el puntaje y a la escena de los objetos domésticos volando sobre la autopista no le falta intensidad, pero tampoco brilla especialmente sobre la opaca superficie general. El final, "Se ciernen ya las sombras de la noche", podría haber resultado emotivo, agradablemente hollywoodense, de no ser por el cansador propósito de King –¿o de sus editores?– de demostrarnos que sigue siendo un narrador de eventos mágicos, de prodigios irreales. Sin entender que, a veces, para expresar mejor un instante inusual simplemente debe dejarse, como pedía el estribillo de una canción tan popular en la época que describe este libro, que sople el viento.♣

Cuestión de piel



LAS GRIEGAS
Sergio S. Olguín
Vian Ediciones
Buenos Aires, 1999
126 págs. $ 10

POR DIEGO BENTIVEGNA *Las griegas* es un derrotero por un conjunto variado de actitudes que tendrían que ver con el enigmático mundo de lo femenino. En estos últimos años, feminismo, deconstrucción y teoría del género de por medio, nos hemos acostumbrado a hablar de ese universo en términos de mirada oblicua, de punto de vista descentrado, de línea de fuga. El libro de Olguín (1967) opta por un camino harto diferente: sus mujeres son, antes que nada, entes monoplánicos, sin demasiados conflictos con el lugar en el mundo (la belleza, la histeria) que se les ha asignado.

En principio, las mujeres de Olguín aparecen, siempre, mediatizadas por miradas y por voces masculinas, en un nivel de lengua con una fuerte tendencia hacia los registros léxicos y sintácticos más vulgares del rioplatense ("pija", "afanar", "coger", "cerca suyo", "detrás nuestro"), que en ciertos momentos se torna exasperante. El punto de vista que el conjunto de relatos privilegia claramente es la del fotógrafo de modas (en los relatos de apertura y cierre de esta compilación). En ambos casos, esa voz es escéptica, quejosa, sobradora y, hay que decirlo, bastante guaranga. En ambos casos, también, el relato de la sesión de fotos (en un cómodo estudio europeo la primera, en un barrio de la provincia de Buenos Aires la segunda) admite ser leída como metáfora del trabajo literario, un trabajo sobre materiales que, como los cuerpos de las modelos, se muestran como pátinas de significación hipercodificada (la moda). Ambos cuentos, "Quiero que me hables de Claudia Schiffer" y "El rapto de Helena", cargan con el duro peso de decirlo todo, absolutamente todo (que la modelo fotografiada es un objeto del deseo, que sus pechos son atractivos, que es una idiota irrecuperable que sirve sólo para ser fotografiada, besada, abusada), de agotar la tópica superflua y prejuiciosa acerca del mundo de la moda –del que sintomáticamente han sido expulsados los y las homosexuales: un mundo en el que la ambigüedad parece haberse agotado definitivamente.

Otra serie de relatos presenta la obsesión de la Argentina contemporánea: la dictadura, la represión, el asesinato de Estado. En "Hecha una furia" (para no hablar de "Clarisa o la historia de una señorita", en el que entran en conflicto las series de la política y de la femineidad) nos movemos, otra vez, en el frívolo mundo del modelaje: una chica ligeramente histérica, como debe ser, no puede contenerse ante un joven, alto y musculoso rugbier que ha entrevisto en la VIP de Pachá y con el que compartirá una sesión fotográfica en la que ella debe apoyar sus pechos sobre el torso de él. Bien, hasta aquí todo en orden. Sin embargo, tragedias de la vida, el joven se revelará como el hijo de Videla, y ella (cuyo padre es desaparecido y que ha sufrido el exilio con su madre) comienza a odiarlo inmediatamente y orina, vengativa, sobre su ropa.

Lo mejor del libro de Olguín está en las tensiones que, en los mejores momentos, logra construir alrededor de ciertas constantes de la cultura argentina (el cuerpo, el viaje, la llanura, el suicidio), reinterpretándolas desde un extraño lugar que articula la mitología griega (en principio, los relatos parecen pergeñados como reformulaciones en clave erótica de ciertos mitos griegos, lo que sobrevive, más que nada, en la prodigalidad mitológica de los títulos), los videojuegos y Bukowski, sobre todo Bukowski. Los 90 tenían esas cosas.♣

Sucios secretitos

De a ratos, *Intimidad* puede leerse con la misma incertidumbre que se padece en la sala de espera del dentista.

INTIMIDAD
Hanif Kureishi
trad. Mauricio Bach
Anagrama
Barcelona, 1999
144 págs. $ 14

POR GUILLERMO SACCOMANNO Influido por Ronald Laing y David Cooper, los fundadores de la antipsiquiatría –esa corriente inglesa cuestionadora de la familia y la sociedad, crítica de las relaciones entre razón y violencia–, Adam Philips publicó en 1998 un pequeño volumen de reflexiones, casi de índole aforística: *Monogamia*. Engañosamente clasificable como manualito de autoayuda, el libro de Philips les pega tarascones a ciertas verdades que suelen darse por sentadas: "Si fue el sexo lo que nos trajo a la familia, el sexo es también lo que nos saca de la familia. En otras palabras, la gente se va de casa cuando lo que tiene que esconder –su sexualidad– tiene que ocultarlo en otra parte, o cuando puede exhibirlo mejor en otra parte. Si no tenemos nada que esconder, no tenemos dónde ir". En más de un sentido, las ideas de Adam Philips resultan un prisma para leer *Intimidad*, la última novela de Hanif Kureishi.

Guionista de Sthepen Frears (*Ropa limpia, negocios sucios*, *Sammy y Rosie se van a la cama*), autor de varias novelas (la más celebrada es *El buda de los suburbios*), Kureishi empieza así *Intimidad*: "Esta es la noche más triste, porque me marcho y no volveré". Jay, guionista como Kureishi, está dispuesto a huir de seis años de matrimonio, una mujer ejecutiva y de sus dos hijos. A lo largo de 144 págs., Kureishi se demora en las culpas y expectativas de Jay. Puntillosamente progre, en una posición acomodada, candidato a un Oscar, disfrutando de un hogar confortable con plantita de marihuana incluida, la situación de Jay no refiere sólo hastío y desesperación. También, el fin de ciertas coartadas que el confort no consigue sostener. "Sé que el amor es un trabajo sucio; tienes que mancharte las manos", apunta Jay a través de la prosa contenida de Kureishi. "Si te mantienes a distancia, no sucede nada interesante. Además, debes encontrar la distancia adecuada entre las personas. Si están demasiado cerca, te aplastan; si están demasiado lejos, te abandonan. ¿Cómo mantenerlos en una situación adecuada?". Según Kureishi (a esta altura se hace complicado separar al personaje del autor), *Ana Karenina* y *Madame Bovary* son "¡testamentos de fuego y traición!". Los signos de admiración corresponden a Kureishi. Es interesante marcar este enfoque del adulterio. Y confrontarlo, por ejemplo, con otra versión. En sus lecciones de literatura, el profesor Nabokov advirtió que Emma Bovary había cometido la más banal y vulgar de las transgresiones burguesas: el adulterio. Aquello que Nabokov minimizaba considerándolo una simple transacción de clase, Kureishi lo instala al borde del abismo. Porque Jay, como esas heroínas de la novela decimonónica, también tiene una amante, pero como vive en este tiempo, todos sus devaneos acerca del sufrimiento divorcista no se cifran tanto en disquisiciones amorosas como en temores de *yuppie* que teme perder un standard de vida que conquistó en base a represión y ahorro temeroso.

En ocasiones, de a ratos, *Intimidad* puede leerse con la misma incertidumbre que se padece en la sala de espera del dentista. Cuando aparece la buena literatura, es capaz de estremecer, pero estos momentos son los menos. Ahí donde Flaubert y Tolstoi iban hasta el fondo, Kureishi opta por zafar aspirando a una complicidad inescrupulosa con sus lectores, cortados a la medida de su personaje. Hay además un tono sentencioso, casi normativo, que campea a lo largo de todo el relato. No hay anécdota ni situación que no resulte coronada por una reflexión que se pretende aguda, con ese ingenio que se encuentra en las secciones de humor y miscelánea de cualquier matutino. Es que a Kureishi los testamentos de "fuego y traición" lo acobardan. En las últimas líneas de *Intimidad* Jay se refugia en su amante: "Lo mejor de todo se había condensado en ese instante", cuenta. "Y no podía ser otra cosa que amor", remata.♣

EN EL QUIOSCO

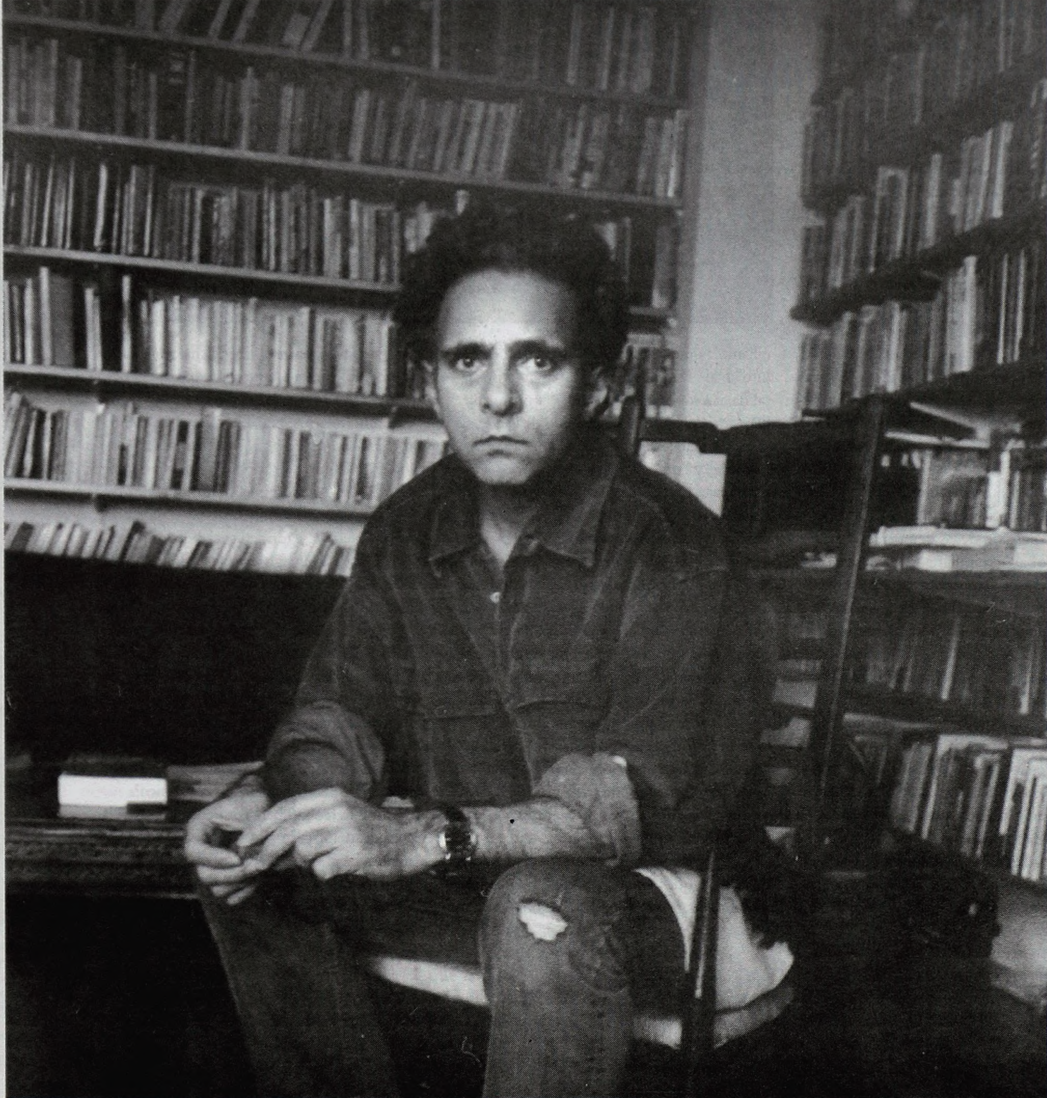


PUNTO DE VISTA, 65
(Buenos Aires: diciembre 1999)
Hay un efecto que habrá que analizar con detenimiento algún día: en una semana, todo lo de 1999 parece irremediablemente viejo, casi fuera de lugar. El último número de *Punto de vista* en ver la calle parece víctima de este síndrome de envejecimiento prematuro. No por las ideas que allí se exponen sino por una cuestión de vocabulario: "transición", "fin de siglo", se lee en sus páginas y esas palabras aparecen como venidas de otra época. Es un mal que afecta a muchas publicaciones del presente por su propia dinámica. Mientras los grandes diarios siguen abocados a prever cómo será el futuro técnico, a nadie parece importarle cuáles palabras utilizar para *decirlo*. El número de la revista dirigida por Beatriz Sarlo comienza con un "Debate sobre la transición" entre los integrantes del consejo de dirección. En este caso, la "transición" se refiere a la *salida* del menemismo y la configuración de los nuevos escenarios de la política. Hay un cierto candor (y esto también es un efecto de envejecimiento) en muchas de las hipótesis que allí se leen (fechadas el 25 de octubre): hoy conocemos los límites del gobierno de De la Rúa, las intolerables e inopinadas "recomendaciones" del Banco Mundial y la lucha intestina por el poder que se desarrolla en el seno de la Alianza gobernante. En todo caso, el debate funciona como un indicador de ciertas posiciones progresistas en el campo intelectual. El número incluye también un análisis de Isidoro Cheresky sobre las últimas elecciones, un artículo de Marcelo Cohen sobre los restos de la ciencia ficción como género, un ensayo de Federico Monjeau a propósito de los treinta años de la muerte de Adorno centrado en las "Dificultades para pensar la música", un análisis de *Madre e hijo* de Alexandr Sokurov a cargo de David Oubiña y Graciela Silvestri. La exposición de Claudio Amor y Mariano Narodowski sobre debates alrededor de políticas educativas también aparece superado por la historia (y el cinismo de los actuales funcionarios a cargo del área).

PENSAMIENTO DE LOS CONFINES,
7 (Buenos Aires: segundo semestre de 1999)
La revista dirigida por Nicolás Casullo también es víctima del envejecimiento precoz. Claro que como sus temáticas son (como de costumbre) mucho más excéntricas, el efecto parece menos evidente. Es claro en el texto de Casullo que abre el volumen. Esa descripción de la agonía de las ciudades, antes del Jubileo y las Fiestas del Milenio (antes de la inverosímil y atroz transmisión televisiva de esas fiestas), suena a crónica vieja de viajero. De todos modos, la agudeza de Casullo y su prosa cuidada funcionan como una buena guía para turistas cultos y sensibles. Completan este apartado de la revista artículos de Matías Bruera, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman sobre las representaciones de Europa. Otros textos "viejos" (sin que esto signifique, hay que subrayarlo, un desmérito de las ideas desarrolladas) son los de Josefina Ludmer ("¿Cómo salir de Borges?") y el de Enrique Marí (quien ya había escrito sobre el tema en el diario *Clarín*) sobre el affaire Sokal. En fin, mucho para leer y discutir, de todos modos: saludable manera de cerrar un siglo y empezar otro. Se reproducen poemas de John Ashbery en versiones impecables, una sólida argumentación del héroe europeo del momento, Massimo Cacciari, y documentos de Johann Goethe. Ana Amado reflexiona sobre la historia según Godard, y, ¡oh sorpresa!, vuelve la discusión sobre la posmodernidad.

DANIEL LINK

Sucios secretitos



De a ratos, *Intimidad* puede leerse con la misma incertidumbre que se padece en la sala de espera del dentista.



INTIMIDAD
Hanif Kureishi
trad. Mauricio Bach
Anagrama
Barcelona, 1999
144 págs. $ 14

POR GUILLERMO SACCOMANNO Influido por Ronald Laing y David Cooper, los fundadores de la antipsiquiatría –esa corriente inglesa cuestionadora de la familia y la sociedad, crítica de las relaciones entre razón y violencia–, Adam Philips publicó en 1998 un pequeño volumen de reflexiones, casi de índole aforística: *Monogamia*. Engañosamente clasificable como manualito de autoayuda, el libro de Philips les pega tarascones a ciertas verdades que suelen darse por sentadas: "Si fue el sexo lo que nos trajo a la familia, el sexo es también lo que nos saca de la familia. En otras palabras, la gente se va de casa cuando lo que tiene que esconder –su sexualidad– tiene que ocultarlo en otra parte, o cuando puede exhibirlo mejor en otra parte. Si no tenemos nada que esconder, no tenemos dónde ir". En más de un sentido, las ideas de Adam Philips resultan un prisma para leer *Intimidad*, la última novela de Hanif Kureishi.

Guionista de Sthepen Frears (*Ropa limpia, negocios sucios, Sammy y Rosie se van a la cama*), autor de varias novelas (la más celebrada es *El buda de los suburbios*), Kureishi empieza así *Intimidad*: "Esta es la noche más triste, porque me marcho y no volveré". Jay, guionista como Kureishi, está dispuesto a huir de seis años de matrimonio, una mujer ejecutiva y de sus dos hijos. A lo largo de 144 págs., Kureishi se demora en las culpas y expectativas de Jay. Puntillosamente progre, en una posición acomodada, candidato a un Oscar, disfrutando de un hogar confortable con plantita de marihuana incluida, la situación de Jay no refiere sólo hastío y desesperación. También, el fin de ciertas coartadas que el confort no consigue sostener. "Sé que el amor es un trabajo sucio; tienes que mancharte las manos", apunta Jay a través de la prosa contenida de Kureishi. "Si te mantienes a distancia, no sucede nada interesante. Además, debes encontrar la distancia adecuada entre las personas. Si están demasiado cerca, te aplastan; si están demasiado lejos, te abandonan. ¿Cómo mantenerlos en una situación adecuada?". Según Kureishi (a esta altura se hace complicado separar al personaje del autor), *Ana Karenina y Madame Bovary* son "¡testamentos de fuego y traición!". Los signos de admiración corresponden a Kureishi. Es interesante marcar este enfoque del adulterio. Y confrontarlo, por ejemplo, con otra versión. En sus lecciones de literatura, el profesor Nabokov advirtió que Emma Bovary había cometido la más banal y vulgar de las transgresiones burguesas. el adulterio. Aquello que Nabokov minimizaba considerándolo una simple transacción de clase, Kureishi lo instala al borde del abismo. Porque Jay, como esas heroínas de la novela decimonónica, también tiene una amante, pero como vive en este tiempo, todos sus devaneos acerca del sufrimiento divorcista no se cifran tanto en disquisiciones amorosas como en temores de *yuppie* que teme perder un standard de vida que conquistó en base a represión y ahorro temeroso.

En ocasiones, de a ratos, *Intimidad* puede leerse con la misma incertidumbre que se padece en la sala de espera del dentista. Cuando aparece la buena literatura, es capaz de estremecer, pero estos momentos son los menos. Ahí donde Flaubert y Tolstoi iban hasta el fondo, Kureishi opta por zafar aspirando a una complicidad inescrupulosa con sus lectores, cortados a la medida de su personaje. Hay además un tono sentencioso, casi normativo, que campea a lo largo de todo el relato. No hay anécdota ni situación que no resulte coronada por una reflexión que se pretende aguda, con ese ingenio que se encuentra en las secciones de humor y miscelánea de cualquier matutino. Es que a Kureishi los testamentos de "fuego y traición" lo acobardan. En las últimas líneas de *Intimidad* Jay se refugia en su amante: "Lo mejor de todo se había condensado en ese instante", cuenta. "Y no podía ser otra cosa que amor", remata.♣

EN EL QUIOSCO





PUNTO DE VISTA, 65
(Buenos Aires: diciembre 1999)
Hay un efecto que habrá que analizar con detenimiento algún día: en una semana, todo lo de 1999 parece irremediablemente viejo, casi fuera de lugar. El último número de *Punto de vista* en ver la calle parece víctima de este síndrome de envejecimiento prematuro. No por las ideas que allí se exponen sino por una cuestión de vocabulario: "transición", "fin de siglo", se lee en sus páginas y esas palabras aparecen como venidas de otra época. Es un mal que afecta a muchas publicaciones del presente por su propia dinámica. Mientras los grandes diarios siguen abocados a prever cómo será el futuro técnico, a nadie parece importarle cuáles palabras utilizar para *decirlo*. El número de la revista dirigida por Beatriz Sarlo comienza con un "Debate sobre la transición" entre los integrantes del consejo de dirección. En este caso, la "transición" se refiere a la *salida* del menemismo y la configuración de los nuevos escenarios de la política. Hay un cierto candor (y esto también es un efecto de envejecimiento) en muchas de las hipótesis que allí se leen (fechadas el 25 de octubre): hoy conocemos los límites del gobierno de De la Rúa, las intolerables e inopinadas "recomendaciones" del Banco Mundial y la lucha intestina por el poder que se desarrolla en el seno de la Alianza gobernante. En todo caso, el debate funciona como un indicador de ciertas posiciones progresistas en el campo intelectual. El número incluye también un análisis de Isidoro Cheresky sobre las últimas elecciones, un artículo de Marcelo Cohen sobre los restos de la ciencia ficción como género, un ensayo de Federico Monjeau a propósito de los treinta años de la muerte de Adorno centrado en las "Dificultades para pensar la música", un análisis de *Madre e hijo* de Alexandr Sokurov a cargo de David Oubiña y Graciela Silvestri. La exposición de Claudio Amor y Mariano Narodowski sobre debates alrededor de políticas educativas también aparece superado por la historia (y el cinismo de los actuales funcionarios a cargo del área).

PENSAMIENTO DE LOS CONFINES,
7 (Buenos Aires: segundo semestre de 1999)
La revista dirigida por Nicolás Casullo también es víctima del envejecimiento precoz. Claro que como sus temáticas son (como de costumbre) mucho más excéntricas, el efecto parece menos evidente. Es claro en el texto de Casullo que abre el volumen. Esa descripción de la agonía de las ciudades, antes del Jubileo y las Fiestas del Milenio (antes de la inverosímil y atroz transmisión televisiva de esas fiestas), suena a crónica vieja de viajero. De todos modos, la agudeza de Casullo y su prosa cuidada funcionan como una buena guía para turistas cultos y sensibles. Completan este apartado de la revista artículos de Matías Bruera, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman sobre las representaciones de Europa. Otros textos "viejos" (sin que esto signifique, hay que subrayarlo, un desmérito de las ideas desarrolladas) son los de Josefina Ludmer ("¿Cómo salir de Borges?") y el de Enrique Marí (quien ya había escrito sobre el tema en el diario *Clarín*) sobre el affaire Sokal. En fin, mucho para leer y discutir, de todos modos: saludable manera de cerrar un siglo y empezar otro. Se reproducen poemas de John Ashbery en versiones impecables, una sólida argumentación del héroe europeo del momento, Massimo Cacciari, y documentos de Johann Goethe. Ana Amado reflexiona sobre la historia según Godard, y, ¡oh sorpresa!, vuelve la discusión sobre la posmodernidad.

DANIEL LINK



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librerío.

Ficción

1. **El caballero de la armadura oxidada**
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9)

2. **Cuentos para pensar**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

3. **Alexandros II**
Valerio Manfredi
(Grijalbo, $ 17)

4. **Vuelan las palomas**
Carlos Gorostiza
(Planeta, $ 17)

5. **Amsterdam**
Ian McEwan
(Anagrama, $ 18)

6. **Tombuctú**
Paul Auster
(Anagrama, $ 16)

7. **La boda del poeta**
Antonio Skármeta
(Sudamericana, $ 15)

8. **Una Buenos Aires de novela**
Liliana Lukin
(Sudamericana, $ 16)

9. **Los mejores cuentos argentinos**
Sergio Olguín
(Alfaguara, $ 19)

10. **El alquimista**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

No ficción

1. **Menem, la vida privada**
Olga Wornat
(Planeta, $ 20)

2. **Los nietos nos miran**
Juana Rottenberg
(Galerna, $ 14)

3. **La virgen**
Víctor Sueiro
(Atlántida, $ 17)

4. **La tragedia educativa**
Guillermo Jaim Etcheverry
(Fondo de Cultura Económica, $ 15)

5. **Formas breves**
Ricardo Piglia
(Temas, $ 13)

6. **Educando a Fernando**
Ernesto Semán
(Planeta, $ 19)

7. **Historias del siglo XX**
Rudy
(Grijalbo, $ 18)

8. **Cómo sobrevivir a la globalización**
Martín Redrado
(Pearson, $ 19)

9. **Segunda fila**
Félix Luna
(Planeta, $ 18)

10. **El amor en los tiempos del colesterol**
Gabriela Acher
(Sudamericana, $ 16)

¿Por qué se venden estos libros?
"El criterio de edición de las grandes editoriales consigue ampliar el mercado. Libros como el de Menem o Los nietos nos miran *atraen a un público no habituado a entrar en una librería. Por otra parte, es muy interesante que Piglia haya editado en Temas y que tenga una respuesta favorable", dice Hernán Suárez, vendedor de Librerío.*

La cuarta vía



¿CÓMO SALIR DEL LIBERALISMO?
Alain Touraine
trad. Javier Palacio Tauste
Paidós
Barcelona, 1999
124 págs. $ 12



POR JOAQUÍN MIRKIN El último libro de Alain Touraine bien podría haberse titulado *Cómo salir urgentemente del neoliberalismo*. Este nuevo trabajo del sociólogo francés plantea una búsqueda de respuestas frente al vacío de la teoría política, a partir de lo que él denomina estancamiento del "pensamiento único", propio de la derecha y el declive del "contrapensamiento único", típico de la izquierda.

El actual agujero negro de las ideas políticas es una tendencia que se viene acentuando desde fines de la Guerra Fría, a partir del fracaso de la "ilusión liberal" y del "nuevo orden global". La caída de la Unión Soviética y su repercusión en el equilibrio internacional suponía un mundo optimista y más seguro. En este marco, la expansión de las democracias y del mercado global se traduciría, para algunas escuelas académicas, en beneficios exponenciales para la sociedad. Hoy, sin embargo, la mayoría de los intelectuales están decepcionados.

A partir de este escenario, Touraine se pregunta en su último libro cómo reconstruir la "sociedad civil", término tan de moda en la ciencia política. Y sostiene que la reconstrucción surgirá del fortalecimiento de los "nuevos movimientos sociales" –concepto acuñado con Klauss Offe y otros autores en los años 70 como intento explicativo de la nueva dinámica social–. "Defender los movimientos sociales de carácter independiente y las políticas contra la exclusión es mi tesis central", aclara Touraine. Y plantea "cuatro formas de salida del liberalismo": desde el retroceso al "mercado absoluto" o al "Estado absoluto", pasando por la salida al neopopulismo, o por el optimismo derivado del aporte al desarrollo de la ciencia y la tecnología, hasta lo que él llama la salida "posible" y "urgente" del liberalismo. Según esta cuarta hipótesis, la acción política y social se debería reconstruir a partir de los "nuevos movimientos sociales" como los "sin" techo, los desocupados, los inmigrantes o "sin papeles", las agrupaciones de portadores de sida, los homosexuales, los ecologistas, etc.

En *¿Cómo salir del liberalismo?*, Touraine rompe con la concepción tradicional de la teoría política en la modernidad, porque ya no son ni el movimiento obrero, ni los sindicatos o los partidos políticos los actores centrales de las nuevas formas de movilización social. La regeneración de la acción y la participación política y cultural estará dada por movimientos sociales, "verdaderos protagonistas" de la posmodernidad.

La teorización de Touraine, sin embargo, poco tiene que ver con la tercera vía de Anthony Giddens. "No es cuestión de buscar una tercera opción, entre el liberalismo y el comunismo". El primero "está agotado bajo el peso de las crisis financieras mundiales" y el último "está muerto", sostiene Touraine. De hecho, en *¿Cómo salir del liberalismo?* rechaza las posiciones de Clinton-Prodi-Schroder-Blair y sugiere lo que él denomina "política del dos y medio". Algo así como combinar la globalización y la red de seguridad social de los países desarrollados con algo más: la acción política de los nuevos movimientos sociales. La política del "dos y medio" es la integración activa de los nuevos actores con prioridades orientadas al empleo, la comunicación intercultural y el desarrollo sostenible, protagonizado por los movimientos verdes.

La pregunta-cuestión central del libro de Touraine remite a un importante debate: ¿existen posibilidades de generar nuevas ideas en el pensamiento político y económico? Mientras la teoría liberal sostiene el retiro y la renuncia del Estado y la izquierda se limita a "denunciar el poder", Alain Touraine elabora alternativas para oponerse al vacío de la teoría política y salir, *urgentemente*, del liberalismo.♣

Atenti al ladro



ULTIMA FRONTERA. VAIROLETO: VIDA Y LEYENDA DE UN BANDOLERO
Hugo Chumbita
Planeta
Buenos Aires, 1999
394 págs. $ 24

POR ALBERTO LAISECA Juan Bautista Bairoleto (Vairoleto, según lo escribía el dueño del apellido y así lo respeta el autor del libro) fue un Robin Hood para muchos argentinos y el peor de los criminales para los demás. Como Mate Cocido y tantos otros, les robaba a los ricos y les daba a los pobres. Una cosa es segura: estos hombres no hubiesen podido desafiar a la Justicia durante décadas sin la protección de la gente común. Después de muerto, su tumba se transformó en altar y lugar de peregrinación, con exvotos y todo, y aún hoy día hay muchos que aseguran que el "santito" hace milagros si se le pide con fe y necesidad. No se puede comprender el fenómeno Vairoleto si no se tienen en cuenta las condiciones sociales y políticas de la Argentina de principios de siglo.

Bien dicen que los cambios de siglo (y aun los de milenio) nunca son, al principio, dramáticos. El dramatismo viene después de una década por lo menos. La nueva era trae por arrastre muchos elementos del período anterior. Así por ejemplo, si hablamos del gaucho, todos pensamos en los hombres de la campaña del siglo pasado, en la guerra de la Independencia, en las luchas de federales y unitarios. Y, sin embargo, hasta la década del cuarenta de este siglo había personajes que llenaban los contornos de la acusación: "Es un gaucho alzao". Parece que don Juan Bautista se *disgració* por una pollera (prostibularia ésta, para más datos) codiciada también por un *melico* muy mandón. La autoridad le salió al cruce con una excusa cualquiera y muy mal habida, y lo quiso arriar como a chicharra de un ala. Pero *asigún* cuenta el prontuario de Vairoleto no se dejó arriar con el poncho. Sabía que la marimba de palos le esperaba en la comisaría, así que se defendió a tiros. Dejó un muerto y se hizo perdiz.

Como bien cuenta Hugo Chumbita, las leyes referentes a la tierra (hechas en 1882) eran buenas en el papel. Pero hecha la ley hecha la *tramposa*. Se suponía que se habían tomado las debidas precauciones contra los latifundios: nadie podía tener más de tantas hectáreas para ganado o tantas para agricultura. Al parecer los legistas no sabían qué es un testaferro, de modo que las tierras fiscales, que debían ser repartidas equitativamente, fueron a parar a unas pocas manos. En cuanto a los premios militares a los quince mil expedicionarios de la Campaña del Desierto, como andaban más en pelota "que nuestros hermanos los indios", según el dicho de San Martín, debieron malvender sus certificados: "... la mitad de los cinco millones de hectáreas que se repartieron desde La Pampa hasta Tierra del Fuego quedó en poder de no más de dos docenas de personas". En este mundo se movió Vairoleto. Los arrendatarios, los chacareros, aunque las cosechas fuesen buenas y trabajasen de sol a luna, siempre estaban en deuda con los dueños de la tierra. No es de extrañar que los campesinos hicieran estallar la gran huelga agraria de 1918. Al año siguiente tuvimos la "Semana Trágica" en Buenos Aires y las sangrientas rebeliones en los obrajes de la tristemente célebre empresa La Forestal. De momento ganó la injusticia, pero el odio y la desesperación consiguiente hicieron posible (y deseada) la existencia de hombres como Mate Cocido y Vairoleto. No sabemos si por viveza o porque así le salía del alma, Juan Bautista procedía de la siguiente forma: si un chacarero se le quejaba de que le iban a sacar el campo porque debía dos mil pesos a un prestamista, Vairoleto le prestaba el dinero. Luego de que el hombre pagaba, el bandolero asaltaba al cobrador y recuperaba lo prestado. El hombre quedaba como un rey y no perdía un centavo. Esto lo hizo no una sino cien veces (Mate Cocido procedía igual). Si un bolichero cobraba de más por los artículos, Vairoleto lo asaltaba y repartía prendas y comida entre los pobres. Bien dicen que la culpa no es del chancho sino de quien le da de comer. La época, de brutales abusos e injusticias, era caldo de cultivo de justicieros, milagreros y demás gente rara.

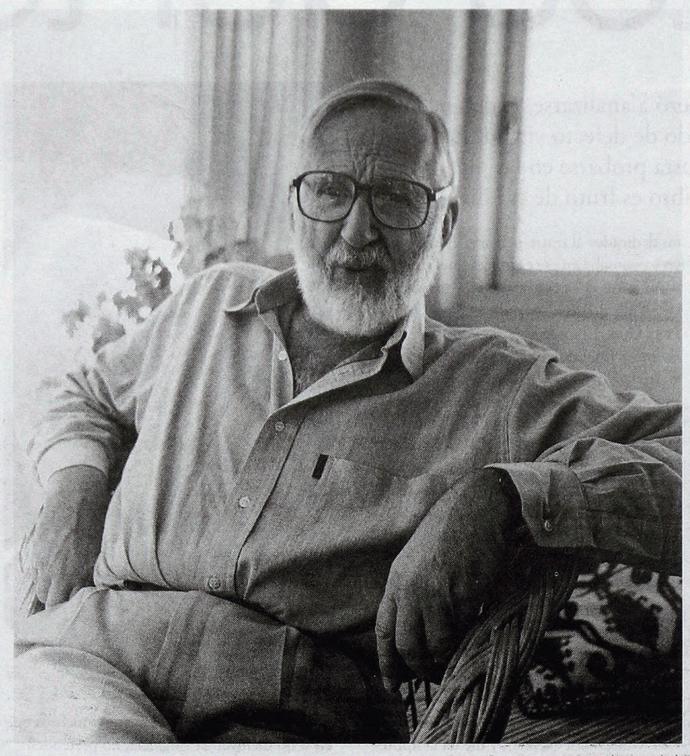
Una sola debilidad tenía el "Padre de los Pobres" y por ésa una vez casi lo agarran. Le gustaban con locura los duraznos al natural. Una vez se llevó como siete latas. A caballo se los comía y tiraba los envases al camino y así le fueron siguiendo el rastro. Menos mal para él que se le terminaron las latas cuando ya le echaban el guante.

¿Bueno, malo, ambas cosas? No sabemos. Lo cierto es que Vairoleto fue un producto de las barbaridades de la época. El de Chumbita es un libro indispensable para comprender nuestro pasado.♣

Recuerdos del futuro



HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ARGENTINA
Dirigida por Noé Jitrik
Emecé
Buenos Aires, 1999
528 págs. $ 25



POR ARIEL SCHETTINI El corolario y el momento de consagración de una carrera académica dedicada a la literatura argentina es, desde su fundación, la dirección de una obra monumental, histórica y, probablemente imposible. Noé Jitrik, siguiendo los pasos de otros (Rojas, Arrieta, Viñas) y en coincidencia con Nicolás Rosa, que acaba de publicar también su propia historia de la crítica, ha decidido emprender el venturoso camino de armar *su* historia de la literatura argentina. A nadie puede sorprender, entonces, que –cargada de autocelebración como está signada la empresa en nuestras letras– este primer volumen sea justamente el dedicado al período en el que el propio escritor comenzó su carrera como crítico, que el libro esté dedicado a la crítica y que el inicio del período elegido sea el que se abre con la ruptura que instaló la revista en la que el mismo director participaba, la mítica *Contorno*, que abrió el período más convulsivo de nuestra literatura.

Desde el inicio, el libro plantea la necesidad de ubicarse más allá de las periodizaciones históricas y se propone construir la historia autónoma de la literatura sin atender más allá que a su propio ritmo y a las variaciones en el interior del propio campo literario. De manera que este tomo está dedicado al período que se abre en 1955 y se cierra en 1976 (y habría que ver si el "ritmo" específico de la evolución literaria no aparece aquí intervenido por la lógica de la política institucional).

En la perspectiva de este libro, el término "crítica" no nombra a un género sino a un modo de ser de los discursos literarios: por tratarse de una literatura reflexiva, por hablar de un período en el que la "función" del intelectual debe fijar posiciones, y por ubicar un momento en el que la relación entre los discursos de la historia, la política y la literatura confunden sus momentos de aparición, circulación y uso.

Es por eso que el capítulo dedicado a Borges no habla del escritor sino del modo en el que el escritor fue "reinventado" durante ese período, se construyó a sí mismo y se dio un perfil definitivo.

La ficción de Rodolfo Walsh, el ensayo de Murena y la crítica de Viñas ocupan, junto a Borges, los lugares más nítidamente identificados por este volumen como zonas límites del discurso literario del momento.

El artículo dedicado a Viñas, para denostarlo, trata de copiar el mismo gesto de su objeto (eleva su materia para señalar su error político y desenmascarar sus intenciones). El de Murena, por el contrario trata de descubrir a un pensador "intempestivo" de la Argentina: un ensayista y poeta solitario que no encuentra ecos para su voz y que hace de su función como escritor una especie de intervención vanguardista: aislamiento y utopía del intelectual que piensa en soledad. El más conflictivo, obviamente, es el de Rodolfo Walsh. No tanto por sus efectos en el período sino porque la obra de Walsh, como lo señala Roberto Ferro, no solamente fue reescrita por el autor sino que fue reinterpretada de acuerdo con la relectura que se hacía del peronismo en esos años. En cada momento en que el peronismo cambiaba de signo, cambiaba también el lugar y el significado de la obra de ficción de Rodolfo Walsh.

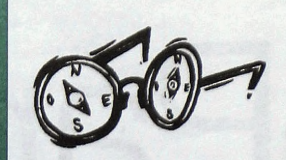
Los capítulos dedicados a la poesía trabajan sobre algunos problemas en común: la incorporación del habla cotidiana o vulgar, la construcción a partir de los retazos de la vanguardia o el bosquejo de una singularidad "sesentista" (individualista y políticamente comprometida al mismo tiempo) son los problemas que se recorren en las obras de L. Lamborghini, Urondo, Gelman, Pizarnik, Bayley y otros.

Pero como no podía ser de otro modo, en este volumen los rasgos distintivos que unen a todos los trabajos son dos: por un lado, el auge editorial del período (tratado en el caso específico de la literatura marxista por Horacio Tarcus) que se verifica en la cantidad de autores que se someten a estudio. Por otro lado, la presencia dominante de los medios masivos. El cine, el periodismo, el teatro (incorporado a la lógica de los medios) y la ciencia-ficción pensada como cruce entre los materiales de la literatura con la velocidad de la comunicación, ocupan un lugar fundamental de este libro. En el caso de la ciencia-ficción, el argumento de Guillermo García se concentra al mismo tiempo sobre las posibilidades del género para argumentar sobre la "deshumanización" del hombre y los peligros de la técnica moderna, tanto como para escapar de la narrativa realista a la que está condenada la novela "comprometida".

El realismo como modo de representación y, de hecho, como problema fundamental que se discute en el interior de la literatura argentina que eclosiona en estas décadas, se debate en esta *Historia crítica* en varios capítulos y sobre varios géneros (la narrativa, los cruces entre la narrativa y el periodismo o la poesía). Y es que no hay como los períodos de conflagración política para discutir los modos y las formas de la representación. Este momento de la literatura argentina inauguró un debate sobre el realismo que acaso todavía continúe en los narradores de hoy.

No hay como consultar las muchas historias de la literatura argentina que se han escrito para averiguar cómo era la literatura cuando esos libros se escribían. Menos que del pasado, las historias de la literatura hablan del presente y del futuro de la literatura nacional. Cualquiera que quiera saber cómo se piensa la literatura de hoy no tiene más que consultar este libro y encontrará sus debates, seguramente sus nuevas fundaciones, acaso un porvenir.♣

MI CREDO



¿Qué consideran decisivo los escritores para definir su trabajo?

Lo primero que pensé, cuando me preguntaron por consejos prácticos para los que quieren empezar a escribir, es que hay que desmitificar el proceso y desenamorarse del producto. Recuerdo haber leído recién, en la nueva novela de John Irving, *Una mujer difícil*, los capítulos que tratan el proceso escurridizo y mercurial de un novelista que recién comienza a formular la trama de un libro. Irving muestra que la tarea de escribir una novela es tanto algo que uno *hace* como también algo que a uno le sucede. El trabajo de la escritora en esa novela es tanto dejarse llevar por las ideas como también perseguirlas agresivamente, y entonces ir a donde sea, por más raro que suene, por cuanto le cueste o le tarde, y por más que termine en "nada", o en nada que se parezca a lo que pudiera haber pensado cuando sintió el primer pálpito. Hay un dicho, ya trillado, que dice que "el arte es 1 por ciento inspiración y 99 por ciento transpiración". Para un escritor, la "inspiración" surge en un relámpago de nanosegundos y luego hay que medir el tiempo por horas, días, semanas, sentadito frente al teclado o al cuaderno, trabajando la materia prima (de las escenas, los personajes, hasta de las palabras en sí): mucho tiempo se va en un procedimiento muy poco "inspirado": buscando la frasecita, cambiando la frasecita, alternando con otra frasecita, borrando la frasecita, agarrando el diccionario de sinónimos, mirando la frasecita, etcétera. En ese sentido el dicho, por más trillado que sea, no está mal. La practicidad de la tarea de ser escritor pide paciencia y fe (o perseverancia). Hay que sentarse a cultivar aquella mínima idea-chispa con la que uno comienza, y trabajarla, elaborarla, explorar y alternarla; es un procedimiento que podría parecerles a muchos muy poco alentador o eficiente.

Para colmo, hay algo más: el escritor tiene que poder tachar, deshacer y destruir lo que ha creado. De pronto, uno advierte algo dudoso en lo que tiene armado; como un íncubo, aparece la molesta (por certera) intuición de que "algo aquí no está funcionando", "este personaje no tiene motivo verdadero", "esta voz jamás diría tal cosa" y el borrador tiembla bajo su propio peso. Entonces, además de ir construyendo el escrito, uno tiene que estar dispuesto a tachar –sin temor, hasta alegremente– lo que parece no servir. Digo "alegremente" ya que se trata del descubrimiento de lo que uno venía creando mientras pensaba en otra cosa. A veces se tira casi todo –a pesar de haber puesto una gran inversión personal de tiempo y esfuerzo en escribirlo– y luego uno queda sólo con un hilito restante en la mano, como el pobre coyote del dibujo animado. Pero está bien así, uno debe de alegrarse en ese momento porque el pedazo que resta es lo que, en el fondo, interesa poder descubrirse. Y es, entonces, lo que impulsará la próxima etapa de construcción. Una se fija en aquel hilito y... busca la frasecita, contempla la frasecita, cambia la frasecita. Etcétera.

ANA KAZUMI STAHL

TEMPORADA PLAYERA

Le dije a Nacho: el pelo nos va a quedar a la miseria. Y las neuronas también. Y ahora resulta que a los de Sudamericana se les dio por inaugurar *también* sus ciclos de escritores en la costa. ¡Con este sol! Por suerte Ana María Muchnik (responsable de prensa del grupo) es un encanto y me regaló un protector solar superchic. Así que los cronistas andamos de acá para allá, persiguiendo chismes entre Villa Gesell y Necochea, pasando (claro) por Mar del Plata. Esther Goris (bikini diminuta de cuero negro) se presenta el 10 a las 20.00 en la Feliz, el 11 a las 19.30 en Villa Gesell y el 12 a las 21.00 en Necochea. Félix Luna (bermuda de corderoy verde oliva) hace lo propio el 17 a las 20.00 en Mar del Plata y el 18 a las 19.30 en Gesell y Gabriela Acher (malla entera color turquesa, muy cavada) se presenta en Mardel el 24 a las 20.00 hs. y en Gesell el 25 a las 19.30. Las reuniones son en Villa Victoria de Mar del Plata, en la Dirección Municipal de Turismo de Necochea y en el Chalet de Don Carlos de la Villa.

MARITA CHAMBERS

MICROPOLÍTICAS

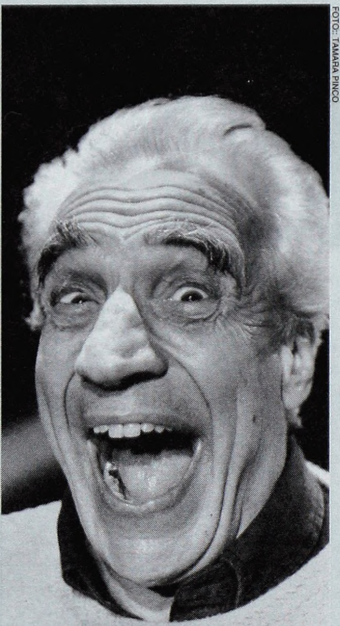
Partes del todo

Muchos años atrás, cuando empezó a analizarse, le diagnosticaron "disociación". Pero haciendo de defecto virtud, Eduardo Pavlovsky descubrió cuánto le gusta probarse en las más variadas actividades. Su último libro es fruto de esa diversidad.

POR CLAUDIO ZEIGER "Mucho antes de ser actor, cuando empecé mi análisis, me señalaron ya mi disociación", recuerda Eduardo Pavlovsky. Pues bien, cuando se recorren los artículos recopilados en *Micropolítica de la resistencia*, el último libro de Pavlovsky, lo primero que se percibe es justamente la multiplicidad de temas abordados en los últimos diez años, y que fueron apareciendo en forma continua en diversos medios (*Página/12*, *Clarín*, *trespuntos*, varias revistas especializadas en psicología, entre otros). En los artículos, y ahora todos juntos en el libro, se dan cita la política, la estética, la psicoterapia, el teatro y el deporte. Pavlovsky pasa revista a nombres caros a su sentimiento político (Hebe de Bonafini, Luis Zamora, Pino Solanas), habla de Teatro Abierto y del psicodrama, cuenta anécdotas de su quehacer como actor, ensaya una formidable respuesta a Umberto Eco (que sostenía que no le molestaba el fútbol sino los fanáticos: "Querido Umberto, sin fanáticos no hay fútbol") y finalmente analiza varios de los hechos sociales que configuran eso que da en llamar "micropolítica de la resistencia" (desde mayo del '68 hasta Chiapas, pasando por la pueblada de Santiago del Estero en 1993).

Como segunda evidencia, casi inmediata, lo que el lector podrá percibir es que esa heterogeneidad se corresponde con la variedad de disciplinas y quehaceres que el propio Pavlovsky registra en su agitada biografía: dramaturgo, actor, psicoterapeuta, deportista, todas actividades que en verdad sigue desplegando. "En el año 1957, ser médico, psicoanalista, miembro de la APA y, al mismo tiempo, hacer teatro significaba lisa y llanamente estar loco. No es como ahora, que hay tantos psicoanalistas dedicados al teatro o al arte. Igualmente, yo ya pensaba en ese entonces que no era una disociación de la personalidad. Aunque muchos años después, leyendo a Gilles Deleuze y Felix Guattari pude abordar el concepto de *devenir* y finalmente comprendí: era como si yo tuviera diversos devenires en la vida, que son diferentes posibilidades de manifestar la expresividad. A través de los grupos de teatro yo sentía un crecimiento: pasar por experiencias de angustia, de pánico, como los ensayos primero y los momentos de estreno después. Pasaba por un montón de experiencias que luego metabolizaba y me permitía atender mejor a mis pacientes."

La posibilidad de reflexionar sobre los hechos más diversos desde un lugar determinado –desde una posición ideológica, desde una toma de posición ética– se hace palpable en *Micropolítica de la resistencia*, comenzando por el elocuente título del libro. "Yo vengo de la izquierda, he sido candidato a diputado por el PST y luego por el MAS, y me da la impresión que, a partir de la caída del socialismo real, hay que estar más atentos a las formas de nuevos movimientos sociales", dice Pavlovsky. "Esta micropolítica de la resistencia es una línea de preocupación personal, una especie de multiplicidad estética, ideológica y cultural que abarca desde el teatro hasta el deporte, el psicodrama y la política. Vendría a definir una idea que de por sí me apasiona: el surgimiento de movimientos sociales que no tienen una representación política clara, ni clásica. Es muy ambicioso decirlo, pero creo que el futuro del socialismo se va a parecer más al Movimiento de los Sin Tierra (de Brasil), al zapatismo de Chiapas o a lo que sucedió hace muy poco en


FOTO: TAMARA PINCO

la ciudad de Seattle, que son movimientos que en sí no incluyen la violencia, no pretenden hacer la revolución. Son protestas que, aunque parezca obvio, se levantan contra la injusticia demoledora de las desigualdades sociales cada vez más acentuadas."

Volviendo a hacer una flexión personal, Pavlovsky no cree que deba encasillarse ahora, después de un periplo que desde muy joven lo llevó a poner en práctica la idea de *devenir* aun antes de haber leído a Deleuze y Guattari. Devenir fue, por ejemplo, cuando estudió medicina porque le *gustaba* estudiar medicina, pero luego tomó conciencia de que no quería ser médico. "Entonces hice la carrera psicoanalítica, pero no me sentí muy cómodo en la APA. Si vos querés ser actor, lo ves a Pacino y decís: *quiero ser como él*. Si querés jugar al fútbol, lo ves a Batistuta y decís: *quiero ser él*. Y yo no podía identificarme con nadie en la APA. Más que un psicoanalista, me considero un intelectual latinoamericano que se formó gracias al psicoanálisis, una formación que es un privilegio."

En un momento dado, lo personal fatalmente se unió con lo político y lo social. "Formo parte de una generación que está rota, pero que al mismo tiempo vivió todo: el militarismo, el peronismo, el exilio (empezando por el de mi padre, que era antiperonista), la dictadura y el post exilio. Y, entre medio, diferentes formas de militancia. Fuimos atravesados por acontecimientos muy diversos que, en lo personal, me terminaron involucrando mucho con las cuestiones sociales. En mi campo específico, empecé a discutir el papel del psicoanálisis: pero yo no discuto a Freud o a Lacan, con todos los aportes que han hecho, lo que yo puedo discutir es la institucionalización del psicoanálisis, demasiado cerrada a lo social."

Como última evidencia, el lector de los artículos de *Micropolítica de la resistencia* puede llegar a percibir que hay algo común más allá de la diversidad de temas, y es el *tono* de Pavlovsky: "Cortázar hablaba de *coágulos*: imágenes y palabras que se van combinando sin saber muy bien al principio qué son, de dónde vienen, pero que luego permiten expresarte. La mayoría de mis artículos surgieron así, son esos coágulos cortazarianos que necesitan salir en un momento. No es que sea un psicoanalista que a veces habla de política, o un actor que a veces habla de deportes. Todas las facetas son importantes. En definitiva, son los coágulos de alguien que ha tenido actividades muy diversas y así lo expresa". Precisamente en ese tono de Pavlovsky se puede reconstruir una necesidad de intervención urgente, en caliente, como quien responde a un acontecimiento que lo convoca y empieza a recuperar desde allí –eso que pasó– un circuito de ideas y lecturas previas.♠

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Espacios como cunas

¿Qué lugares prefieren los escritores una vez traspuesto el umbral de su casa? Responde Alan Pauls, autor de *El coloquio*.



POR ALAN PAULS Tengo con los "lugares" (ciudades, bares, calles, habitaciones de casas, plazas, playas, edificios, etc.) la misma relación confusa e inestable que tengo con todas las cosas que interpelan a mi "gusto". Nunca sé si me gustan o no; cuando creo que me gustan, la certeza dura apenas segundos y se desmorona; cualquier jerarquía de gustos, por razonada que sea, siempre puede cambiar de un momento a otro, perturbada por las influencias más insignificantes. Así que prefiero hablar de algo más tortuoso y menos matizado: lugares que me resultan *irresistibles*. Esa clase de efecto ejercen sobre mí, no los lugares, sino lo que hay entre un lugar y otro: esos seudolugares que son los medios de transporte. Soy víctima idiota y feliz de taxis, trenes, vagones de subterráneo, barcos, aviones y autos particulares, siempre que sean manejados por otros. *Todo lo que me lleve* es, más que un placer, una debilidad enfermiza a la que me entrego sin ninguna resistencia, reducido a una especie de voluptuosidad inválida (no en vano me siguen perdiendo esos perritos que dicen que sí en las lunetas traseras de los autos). Ni el punto de partida ni el destino importan demasiado, y tampoco la duración del viaje: el simple hecho de subirme a un taxi, sentarme en el subte o abrocharme el cinturón en un avión basta para garantizarme, como le gustaba pensar a Zenón, que el viaje *siempre* es infinito, que puedo dejarme ir, abrir un libro, por ejemplo, y leer y editar la última palabra leída con la primera imagen que sorprendo, al alzar los ojos, a través de la ventanilla. Ser llevado es el ocio total, perfecto, irresponsable, y los medios que me llevan, aunque a su modo son prisiones (porque la decisión de abandonarlos nunca puede ser exclusivamente mía), son para mí el espacio aristocrático por excelencia, donde todo lo que es coacción, imposibilidad, obligación se transforma milagrosamente en amparo, refugio y hedonismo. Milagrosamente: bien dicho, porque, como en toda debilidad, la relación viciosa –esto es: insistente, irracional, menos un "gusto", como decía, que una compulsión repetitiva– que tengo con esos lugares móviles tiene algo de esa magia balbuceante que en los cuentos infantiles sabe canjear calabazas por carrozas y carrozas por planetas. Magia, infancia: ¿acaso hay algo de lo que nos es irresistible que no descanse en ese pleonasmo? Y en cuanto a los medios de transporte, ¿no estamos todos –nosotros, viejos hijos de la carne– condenados a añorar –o, como en mi caso, a alucinar– ese primer vehículo biológico en el que alguien, cuando no éramos nadie, estuvo llevándonos y trayéndonos durante nueve meses?